

«In vino veritas»

Plinio el Viejo

«El vino siembra poesía en los corazones»

Dante Alighieri

«Hay más filosofía y sabiduría en una botella de vino, que en todos los libros»

Louis Pasteur

Duelo de copas

Pidió que le dejaran enjuagar la boca con un poco de vino antes de abrir la caja forrada en terciopelo rojo sangre, donde se hallaban los sables elegidos para el duelo. Lo dijo en voz alta, para que Pacheco de Narváez, maestro mayor de esgrima del rey Felipe IV y contendiente ahora, lo escuchara con nitidez. Era una invitación a probarlo en toda regla pese al momento y a tanta enemistad nunca disimulada por ambos. Nada de caldo agitado ni de agua envinada tan servida en los antros y tabernas madrileñas que frecuentaba en las noches de impudicia y borrachera.

Lope de Vega para esta ocasión tan especial, donde estaba en disputa el honor y la posible vida de su mejor amigo, se había dejado persuadir por uno de los avezados mojones que por entonces asombraba por su capacidad para discernir por el olor, color y sabor, las virtudes y características de los mejores vinos que llegaban a Madrid. Había desechado los portugueses del Duero, los intensos extremeños, los blancos andaluces y los ligeros manchegos, para inclinarse por uno delicado de producción navarra, tan de moda en la aristocracia femenina de la Corte Real; de color rojo cereza a la vista, de un fresco aroma a fruta negra de sotobosques; en la boca era graso, estructurado y elegante. Una maravilla de vino.

Con anterioridad al duelo, nada más enterarse de que su camarada Francisco de Quevedo lo proponía como padrino, consultó con el doctor y paremiólogo Juan Sorapán de Rieros, incondicional suyo, médico de su casa y conocedor del notable oficio de la enología, si aceptaba ser el galeno que asistiera a tan controvertido desafío. Al principio se negó con rotundidad, pero después de varios choques de copas y éste haberle narrado las vicisitudes de lo bueno y de lo malo de los mejores blancos y morapios del reino, versado en su proverbial obra literaria, y que Lope de Vega escuchó estoicamente sin pestañear, aceptó caballerosamente la proposición a cambio de llevarse un par de frascas de ese tan afamado tinto de las tierras de la merindad de Erriberri para beberlo en la casa de campo del regidor de Castilla, lugar designado para tan ilustre duelo.

Quevedo, impecable con su almidonada golilla y hábito de Santiago, se sentó en una silla después de haber recibido a regañadientes la venia de su adversario para continuar con la cata. Su padecimiento, una dolorosa cojera desde que era niño, le impedía estar mucho tiempo de pie. Estaba rodeado por sus dos amigos y un delgado alguacil de barba y bigotes de gancho que hacía las veces de notario para salvaguardar el código de honor.

A unos pocos metros, no más de quince, el maestro Pacheco y sus acompañantes esperaban impacientes a que terminasen los absurdos y a destiempo brindis. No se explicaba tal acción ante la seriedad de la situación requerida, pero dado el carácter proclive al embrollo de su osado enemigo, no se podía esperar otra cosa. Se armó de paciencia y se entretuvo sableando el aire a modo de distensión y calentamiento muscular. Su rostro cenceño, de mirada aquilina, tan arrugado como las ciruelas secas venidas del nuevo mundo, con aquellos bigotes arlequines, denotaba seriedad y preocupación. Él ya tenía una edad considerada, mucho mayor que su rival, para andar jugando con el gaz-

moño que tenía enfrente sin dejar de hablar y beber copas con su padrino y acompañantes.

De ninguna manera deseaba herirlo o hacerle un daño mayor, ni siquiera levantar suspicacias de las que luego se arrepintiera, porque eso de apalear a un tullido corto de vista era una verdadera insolencia para un caballero, solo se limitó a defenderse de tanto acoso irónico, habladurías y envidias palaciegas. Recordó las brutas y persistente simplicidad de las palabras del berzotas de Quevedo contra sus escritos sobre la destreza en el noble arte de la esgrima, siempre ridiculizándolo, al igual que los tantos envenenados dardos literarios vertidos hacia don Luis de Góngora y otros, tan dolorosos e inexactos como certeros estoques en el pecho. Esos alocados insultos habían desgarrado su dignidad de hombre y de maestro espadachín real. Quizá por eso lo denunció ante la inquisición por hereje antes de haberle recogido el guante del duelo. Por habladurías estaba al tanto de que Quevedo sería un excelente contendiente, puesto que había escuchado en los mentideros de palacio que siempre se jactaba al decir que su sable era una extensión de su cuerpo. Pero tenía la convicción de que nunca llegaría a ser un experto como él, que había dedicado toda su vida a la enseñanza militar de la espada a los soldados y oficiales de la corte. No quería herirlo de muerte, ni siquiera rematarlo con una de sus tantas y secretas estocadas mortales como la de cuarto de círculo o la del medio de proporción, sería injusto, pero tendría que darle un severo escarmiento y dejarlo más cojitranco de lo que ya estaba.

Levantó la vista ante tanto jolgorio y pudo observar cómo Quevedo con risibles aspavientos y levantando su copa de vino se dirigía a él y a los suyos:

—¡Pardiez, sois unos aguados! ¡Acercaos a escuchar a don Juan Sorapán y de camino a catar este vino de altura! —gritaba llamando la atención del duelista y de sus

allegados que no daban crédito a lo que veían y escuchaban—. Esto es una gracia del cielo y vuestras mercedes no deberíais perdérsolo.

Mientras Sorapán de Rieros daba lectura a uno de sus últimos poemas sobre la generosidad del vino, Lope de Vega había mandado a un criado de la casa a por más bebidas. Las palabras sabias y melódicas del médico se podían escuchar a la perfección:

—“...hace graciosos poetas, alegra al triste melancólico, es triaca contra la ponzoña de la cicuta, restaura instantáneamente el espíritu perdido, alarga la vida y conserva la salud...”

A su término fue aplaudido y vitoreado por los escritores y por el corchete presente que estuvo a punto de auparlo. Lope de Vega, alentado por esa chispa de valentía que regala el buen vino, enseguida se animó a recitar también, no se quedó atrás. Extrajo de su faltriquera un arrugado papel escrito a vuelapluma, con un soneto inédito que no hacía mucho había escrito y a continuación lo comenzó a leer:

—“Cleopatra a Antonio en oloroso vino / dos perlas quiso dar de igual grandeza...” —Todos admiraban la seriedad y frescura de la rima del frey y no perdían ni ojos ni oídos—, “que por muestra formó naturaleza / del instrumento del poder divino...”

Descorcharon una nueva botella de la plantación de viñedos de Olite y rellenaron sus copas con ese líquido de Baco que tanto los entusiasmaba. Brindaron una vez más, esta vez por el maestro Pacheco y sus agregados, que ya se impacientaban de lo que estaban considerando un descarado desplante. Pero la genialidad de Quevedo no se hizo esperar y a boca llena se dejó arrastrar por su maestría en el verso, no antes de hacerle una descarada dedicatoria a su contrincante:

—“...para conservar la salud y cobrarla si se pierde, conviene alargar en todo y en todas maneras el uso de beber vino, por ser, con moderación, el mejor vehículo del alimento y la más eficaz medicina...”

Al finalizar la improvisación levantó enérgicamente el brazo con su copa en la mano y felicitó al maestro Pacheco por su temple y resignación al aceptar el guante que dio lugar a este duelo sin sentido, pues él era un espadachín de palabras y no de armas. Alcanzó una de las frascas abiertas y una copa vacía. Cojeando se dirigió hacia Pacheco y los suyos, detrás le siguieron Lope y Sorapán con más copas.

—Ofrézcole esta copa de amistad —dijo Quevedo ajustando sus lentes con un extraño movimiento de nariz—, ya que mis debilidades con las armas no son en nunca comparables al sol de las habilidades en la esgrima de vuesa merced. Hagamos pues la paz, maestro Pacheco.

Don Luis Pacheco de Narváez, impertérrito ante la actitud pacifista y de retirada de Quevedo, puso una extraña cara de máscara bizantina, miró a su padrino, que se encogía de hombros sin saber qué decir, y no supo si echarse a reír o darle un mamporro en toda la napia. Observó la postura de remolón de su oponente y su poca disposición para continuar con la farsa de este descabellado duelo. De modo que aun sabiendo que el embrollón de Quevedo no cejaría de continuar con las sátiras hacia su persona, dio un paso al frente y tendió la mano para recoger la copa de vino tinto que tan risueño le ofrecía su duelista. Se la llevó a la boca y bebió de un trago todo el contenido. Suspiró de satisfacción sin perder el aplomo y la seriedad. Se acercó al oído de Quevedo y le dijo en tono burlón:

—La historia sabrá poner a cada uno de nosotros en el lugar que le correspon-da...

Pseudónimo: **Kaja**